

ción preconizada por el socialismo largocaballerista y o la estatalización apoyada por el PCE.

La doble crisis de abril-mayo de 1937 trajo como corolario el reforzamiento del poder de Franco y la ulterior “normalización” institucional del Nuevo Estado, mientras que en el bando gubernamental la reordenación profunda de la política republicana se tradujo en la apuesta por una mayor cohesión de las formaciones frentepopulistas, una política de resistencia a ultranza complementada con una ofensiva diplomática, y el fortalecimiento del poder del Estado.

Aunque Aróstegui da prioridad a la perspectiva política y, en segundo término, a la militar y diplomática (falta, sin embargo, un análisis de los apoyos sociales de ambos bandos y de las actitudes del *menu peuple* al estilo de lo sugerido por Michael Seidman para el bando republicano), su trabajo resulta relevante y ambicioso, ya que no sólo se hace un balance de las razones que llevaron a aquel 18 de julio, sino que aborda con solvencia una auténtica reflexión general sobre el desarrollo y las consecuencias de la Guerra Civil.

Eduardo González Calleja

MEES, Ludger, El profeta pragmático. Aguirre, el primer lehendakari (1939-1960), Irún, Alberdania, 2006, 371 pp., ISBN 84-96643-03-4.

La vida y la obra del *lehendakari* José Antonio Aguirre (1904-1960), el principal líder del PNV durante el siglo XX, han sido estudiadas en varios libros, pero hasta ahora adolecían unos de brevedad y otros de ser hagiográficos. Además, se centraban en el primer Aguirre, cuando fue diputado en la II República y presidente del gobierno vasco durante la Gue-

rra Civil, y apenas trataban del segundo Aguirre, que vivió en el exilio desde 1939 hasta 1960. El interés de su biografía en esta etapa fue puesto de relieve por dos obras fundamentales de la historiografía vasca reciente: el libro de Juan Carlos Jiménez de Aberásturi *De la derrota a la esperanza: Políticas vascas durante la II Guerra Mundial* (1999) y el segundo tomo de *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco* (2001), escrito por Santiago de Pablo, Ludger Mees y José Antonio Rodríguez Ranz.

Ahora uno de estos autores, Ludger Mees, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco, ha publicado la mejor biografía de Aguirre, si bien no es completa, pues no abarca el primer Aguirre, sino sólo el menos conocido, desde el final de la Guerra Civil hasta su muerte. Su libro proporciona una visión novedosa de su figura, alejada tanto de la hagiografía de sus correligionarios como de la demonización de sus enemigos políticos, y sustentada en su investigación en diversos e importantes archivos vascos, españoles y extranjeros, especialmente en la rica y copiosa documentación inédita conservada en el Archivo del PNV, sito en Artea (Vizcaya).

Al fallecer José Antonio Aguirre en París en 1960, su rival político, Indalecio Prieto, diputado socialista por Bilbao y ministro durante la República y la Guerra Civil, le dedicó una emotiva semblanza titulada «José Antonio y su optimismo». En ella, junto a este rasgo de su personalidad, el inquebrantable optimismo de Aguirre, Prieto le diferenció de Sabino Arana, el fundador del PNV, al escribir: “Sabino era un apóstol y José Antonio, un político. Ni José Antonio servía para el apostolado, ni Sabino tenía aptitud para la política, y menos para cualquier política gubernativa” (artículo necrológi-

co incluido en su libro *Convulsiones de España*, 1967).

Aun siendo en gran medida cierta esta tajante distinción entre estos dos líderes carismáticos del nacionalismo vasco, debe ser matizada en ambos casos. Sabino Arana (1865-1903) fue no sólo el ideólogo radical e integrista de su primera etapa (1893-1898), sino también un político pragmático como diputado provincial de Vizcaya (1898-1902), e incluso autonomista y oportunista en el último año de su vida (1902-1903), cuando planteó su polémica “evolución españolista”, aunque en su fuero interno continuaba siendo independentista. Del mismo modo, Aguirre no fue siempre un político pragmático, que en ocasiones pecó de oportunismo, sino que, como su amigo Manuel Irujo, diputado del PNV y ministro de la República, atravesó por una fase de nacionalismo radical e independentista durante la II Guerra Mundial, cuando soñó, al igual que Arana, con la independencia de Euskadi con la ayuda de Estados Unidos y Gran Bretaña.

Si el sueño de Arana se lo llevó a la tumba, junto con su “evolución españolista”, en 1903, el de Aguirre sucumbió en 1945, al término del conflicto bélico, momento en el que llevó a cabo uno de los mayores virajes políticos del PNV en su historia centenaria. Entonces pasó de no querer saber nada de la República, considerando muertos la Constitución española de 1931 y el Estatuto vasco de 1936, a convertirse en el defensor de las instituciones republicanas en el exilio, mediando con su prestigio entre los divididos republicanos, socialistas y catalanistas, y contribuyendo a la reconstrucción de su gobierno (presidido en 1945 por José Giral), del cual Irujo fue ministro y el mismo Aguirre pudo haber sido presidente en 1947 y en 1951, a propuesta de Diego Martínez

Barrio, presidente de la República. Dicho viraje obedeció a que Aguirre e Irujo se percataron de que para resolver el problema vasco era imprescindible solucionar primero el problema español: la sustitución de la dictadura de Franco por un régimen democrático. De ahí que Aguirre se volcase en esa tarea hasta el punto de convertirse en una figura clave de la política republicana en la posguerra mundial. Dar a conocer en detalle todo esto es una de las aportaciones relevantes de la biografía escrita por Ludger Mees. Su título, *El profeta pragmático*, puede parecer paradójico e incluso contradictorio; pero su lectura demuestra que Aguirre no fue sólo un político caracterizado por su pactismo y su pragmatismo, sino que tuvo también, en menor medida que Arana, una faceta de profeta, cuya misión consistía en guiar al pueblo vasco a la tierra prometida, esto es, a una Euskadi liberada del yugo de la dictadura franquista.

Ese aspecto aumentó su gran carisma, que se forjó en la República y la Guerra Civil, se consolidó con su odisea en la Alemania nazi durante la Guerra Mundial, culminó en la inmediata posguerra y declinó en la triste década de 1950 por el fracaso de sus proyectos políticos y la imposibilidad de regresar a Euskadi, al mismo tiempo que se deterioraba su salud física. Su prematura muerte en 1960 produjo un auténtico trauma a la comunidad nacionalista vasca, que lo veneró y mitificó sobremedida, aunque sin alcanzar la mitificación sacralizada de Sabino Arana. Su repentino fallecimiento le impidió conocer las graves consecuencias que para su movimiento político iba a tener la más importante escisión en toda la historia del PNV, acaecida medio año antes, con el nacimiento de ETA en 1959.

La muerte de Aguirre representó el final

de una etapa del exilio vasco tras la Guerra Civil, cuyos rasgos principales quedan perfectamente trazados en esta rigurosa y bien narrada biografía. En ella Ludger Mees deja patente que José Antonio Aguirre fue, junto con Manuel Irujo, uno de los pocos dirigentes nacionalistas vascos con talla de estadista por su influencia no sólo en la política española sino también en la política internacional. En este sentido, el único de los políticos vascos del siglo XX comparable a Aguirre fue su rival, pero también amigo, Indalecio Prieto, quien murió igualmente en el exilio, en México en 1962, sin volver a pisar su país. No en vano ambos fueron los padres del Estatuto de 1936, origen de la efímera Euskadi autónoma en la Guerra Civil y del primer gobierno vasco de la historia, de coalición PNV-Frente Popular, presidido por el *lehendakari* Aguirre durante casi un cuarto de siglo.

José Luis de la Granja

AVILÉS, Juan, Pasionaria: la mujer y el mito, Barcelona, Plaza Janés, 2005, 303 pp, ISBN 84-01-37900-8.

Es probable que en un listado de las diez personalidades políticas más representativas del siglo XX español, Dolores Ibárruri, *Pasionaria*, ocupe un lugar destacado. Y así mismo es también cierto que, compartiendo con sus contemporáneos – Azaña, Negrín, Franco... – la concitación de valoraciones enfrentadas, pocos como ella han sido nimbados con un aura mítica, de naturaleza dual, suministradora de lecturas tan antagónicas como las que han transitado, sin solución de continuidad, de la hagiografía más exacerbada a la execración más peyorativa. Quizás sea el precio a pagar por quien, durante décadas, fuera cabeza visible del comunismo

español, referencia emblemática de la Guerra Civil, y símbolo del exilio y de la resistencia contra el franquismo.

Convengamos, de partida, que no resulta tarea fácil abordar la biografía de un icono. Máxime cuando parece que apenas quedara nada más que decir acerca de una figura sobre la que se han vertido ríos de tinta, la mayor parte de ellos manados de fuentes ajenas al ámbito historiográfico. Durante muchos años, el personaje se prestó a ser abordado dentro de un género que constituía la prolongación de la Guerra Civil llevada al papel impreso, en el que apenas se escuchaba otra cosa que el discurso monocorde de los libelos anticomunistas suscritos por funcionarios policiales, periodistas a sueldo y antiguos compañeros de viaje desengañados. La democracia trajo consigo el alumbramiento de otras perspectivas, enfocadas por periodistas más o menos cercanos al universo de la izquierda, que pretendían presentar a la sociedad española el perfil humanizado de una de las figuras más demonizadas por la dictadura (Andrés Carabantes y Eusebio Cimorra, *Un mito llamado Pasionaria*, Planeta, Barcelona, 1982; Andrés Sorel, *Dolores Ibárruri. Memoria Humana*, Exadra, 1989).

Tras la muerte de Ibárruri y la implosión del modelo comunista en el Este de Europa en los años noventa, autores como Manuel Vázquez Montalbán (*Pasionaria y los siete enanitos*, Planeta, Barcelona, 1995), y Rafael Cruz (*Pasionaria: Dolores Ibárruri, historia y símbolo*, Biblioteca Nueva Madrid, 1999) reflexionaron sobre la naturaleza y la edificación del mito *Pasionaria*, como referente simbólico dotado de una intensísima carga de emotividad y de una capacidad de movilización propias ya de una época periclitada. Sin embargo, ambos libros requerían, por parte del lector, un cierto grado de iniciación y el dominio